

El principado de Judas Macabeo

A lo largo de un año y medio después de la toma del templo, Judas Macabeo fue casi soberano de Judea. El Akra era la única que sustentaba desde sus murallas inexpugnables el poder de los reyes de Siria. Los judíos helenistas o renegados llevaban allí una vida misera, casi de prisioneros. Lisias, entregado a otras preocupaciones, no podía volver a

la carga. Judas Macabeo ordenó fortificar el recinto del templo, así como Betsur, por si algún fracaso le hacía evacuar a Jerusalén.

Comenzaba a manifestarse uno de los grandes defectos de los judíos. Llenos del sentimiento de su superioridad, agrios, regañones, impelidos por su ley a un aislamiento que padecía desdén, los judíos eran malos vecinos, y los pueblos inmediatos los detestaban. Los pueblos limítrofes de Palestina habían visto con malos ojos la sublevación judía y se habían unido a los seléucidas. El restablecimiento del culto en Jerusalén recrudenció los malos tratos en dichas poblaciones. Hubo fuertes y gente reducidos a la esclavitud. Judas Macabeo pensó que debía vengar a sus coreligionarios, y lo hizo cruelmente. Castigó duramente a Idumea y a los amonitas, que se opusieron con un ejército mandado por Timoteo, pero Judas venció. La ciudad de Jeazer fue tomada y tratada muy mal. Judas volvió a Jerusalén después de esta campaña que acabó de exasperar los ánimos. Rápidamente se vio la imposibilidad de un Estado y un soberano judíos. Un soberano debe tener libre el espíritu, y al judío le solicita demasiado el fanatismo religioso. Una vez Jerusalén en poder de un jefe judío empezaron a llegar quejas de todas partes, unas fundadas, pero exageradas casi todas.

Las recriminaciones venían sobre todo de Galaad y Galilea, donde los judíos eran numerosos y pretendían que los maltrataban los paganos. Se reunió una gran asamblea. Simón, hermano de Judas, fue enviado con tres mil hombres a Galilea. Judas y Jonathán con ocho mil, habían de guerrear más allá del Jordán. José (hijo de Zacarías) y Azarias habían de proteger a Judea con el resto de las tropas. Las campañas de Galaad y Galilea fueron muy afortunadas, si así puede llamarse a una serie de incendios y degüellos. Timoteo fue completamente derrotado y Simón llevó sus soldados hasta Acre.

José y Azarías, que habían permanecido en Jerusalén, estuvieron a punto de comprometer la situación. Llegaron imprudentemente hasta Iabné, donde estaba Gorgias. Esto les mató mucha gente y les obligó a volver a la ciudad.

Judas se había transformado en un verdadero soldado, en un jefe profano. No quería que los sacerdotes fuesen a batallar, y se notaba que al meterse éstos en lo que no les importaba, eran muertos. Se formaba un espíritu realmente militar. Judas se apoderó de Hebrón y Maresa, pertenecientes de tiempo atrás a Idumea, y las desmanteló. Saqueó a Azot y otras poblaciones vecinas. Volvió el ejército a Jerusalén con enorme botín, pero aún no se pensaba en conquistas duraderas, ni había bastantes soldados para dejar guarnición en las ciudades tomadas.

Se conoció entonces la muerte de Antíoco. Como su padre, quería llenar las arcas vacías del tesoro apoderándose de las riquezas de los grandes templos de Oriente. Su padre había encontrado allí la muerte y él no salió mejor librado. Obligado a retirarse ante un templo de Artemis, en Elimaida, le sorprendió la muerte en Taba (Persia) el año 163. Su hijo de nueve años le sucedió, no bajo la tutela de Filipo, como había mandado el difunto, sino bajo la de Lisias.

Judas pensaba fijamente en la toma del Akra. Atacaba con vigor esta ciudadela, y los sitiados, sabiendo la suerte que los esperaba, pedían

con urgencia refuerzos a Antioquía. Muchos judíos del partido helenista se unieron a ellos. Seguido Lisias por su pupilo regio hizo un esfuerzo enérgico. En Beth Zakariah se dio una batalla terrible en la que se vio que la gente de Judas Macabeo era incapaz de resistir a todas las fuerzas sirias desplegadas. La victoria de Lisias fue absoluta (163), a pesar del heroísmo de los judíos. Hubo rasgos de valor extraordinario, como el de Eleazar, hermano de Judas, que al ver un elefante mayor que los demás y regimiento encubertado, supuso que llevaba al joven rey. Calculó entonces una muerte de gran efecto. Deslizándose bajo el vientre del enorme animal, le clavó la espada todo cuanto pudo y el elefante se vino abajo y le aplastó.

Destruído quedaba todo el esfuerzo heroico de los hijos de Mattathiah y de sus partidarios. Judas huyó con el resto de su ejército hacia la parte de Gofna, y parece haber vivido retirado algún tiempo. Hubo indudablemente una fuerte reacción contra él, y aunque armó nuevas fuerzas y derrotó otra vez a los sirios, parece que no volvió a ver Jerusalén.

El pueblo permanecía, sin embargo, esperando y rezando. El pueblo no desespera nunca, porque no sabe lo que es dudar. No hay decepciones para el pueblo, porque carece de experiencia. Después de diez fracasos, todavía los atribuye a mala dirección y cree que hay que empezar de nuevo.